

fensa del proyecto presentado por la comisión cuando llegó el caso de discutirse aquella obra. Así se puede con toda justicia llamar á don Agustín Argüelles tan padre de la Constitución actual, como de la Constitución antigua.

Don Agustín Argüelles continuó tomando parte activa y principal en los trabajos legislativos de aquellas Cortes, únicas de cuantas se celebraron en esta época en España que han muerto de muerte natural y concluyeron tranquilamente su carrera. De la naturaleza de las reformas que emprendieron y entablaron, no me cumple hablar, pues mi escrito no es polémico y si destinado á mostrar solo, que la vida de don Agustín Argüelles fué uniforme, calcada sobre un principio, á saber, el de sus profundas convicciones. Cambiaban las cosas que le rodeaban; mas él nunca, en el sentido de sacrificar ideas formadas, hijas de un dictámen detenido. Por carácter, por inclinación, y por principios, gustaba siempre de apoyar á los gobiernos; mas no siempre obraban los gobernantes de un modo que pudiese dar su aprobación, sin comprometer su crédito.

En las Cortes, que según lo dispuesto por la Constitución, se reunieron á mediados de noviembre de 1837, fué nombrado don Agustín Argüelles diputado por la provincia de Madrid, confianza que después le fué repetida varias veces. Se alistó entonces en el partido de la oposición, y otra cosa no podía ser según el semblante que tomaban. Refiero y no demuestro. Un espíritu de reacción había tenido lugar en los meses anteriores y había influido en la formación de aquellas Cortes. La mayoría del Congreso estaba en oposición con lo que había sido mayoría en las Cortes constituyentes, es decir que propendía á desaprobar, á censurar la mayor parte de sus disposiciones. La polémica fué viva; y tan acres las defensas, como las acusaciones. Los dos bandos de moderados y progresistas se designaron con señales todas de la hostilidad mas pronunciada. En la censura de las disposiciones de las Cortes constituyentes iba envuelta la de los acontecimientos que las habían dado nacimiento. En los bancos de la mayoría se sentaban muchos que se habían considerado como vencidos en el trastorno del año 1836; otros que habían sido campeones de las ideas y opiniones entonces derribadas.

Don Agustín Argüelles, hombre de tanta importancia en todas ocasiones, considerado entonces como uno de los corifeos de la oposición, no fué el que se llevó la menor parte en la animosidad de sus contrarios. No fué siempre tratado, sobre todo de las tribunas públicas, con aquel decoro que siempre merece la persona que se sienta en aquellos bancos como diputado. El periodismo le trató con virulencia, y los que por su índole particular estaban llamados á manejar la sátira, tenían poco reparo en herirle con los mas agudos dardos. No se mostró por eso el veterano de la tribuna, ni humillado ni abatido. A los tiros de la imprenta no tenía ningunos que oponer, en razón á que no era periodista. En el Congreso no le hicieron salir de la moderación en las palabras, y de la delicadeza en tratar á sus contrarios, que le distingua. Activo atleta, sin que le arredrase la superioridad del número en cuantas ocasiones se ofrecieron, descendió á la arena impávido. En ninguna época pronunció mas discursos que en aquella, en que parecía luchar contra el torrente de las circunstancias, contra la falange compacta de una constante mayoría. Ninguna derrota menoscababa su valor, ni le retraía de presentarse igualmente impávido en la próxima batalla.

A los disgustos de esta posición tan poco afortunada, se unía en Argüelles la pesadumbre de ver en los bancos de sus adversarios á hombres que habían sido sus compañeros, sus amigos personales, cuyas luces respetaba, y de cuyas buenas intenciones tampoco tenía duda. Muchas veces consideraciones de esta clase sellaron sus labios, ó disminuyeron la energía de sus frases en solemnes circunstancias. De todos modos fué esta una de las épocas mas trabajosas, de mas penalidades, de menos satisfacciones para Argüelles, en que fué blanco su nombre de los ataques mas sensibles. Los que le habían condenado á presidio, y le tenían últimamente desterrado de su patria, rendían un cierto homenaje al mérito de su persona. Ahora se trataba de ridiculizarla, de presentarle como un hombre de ideas rancias, de formas anticuadas.

Así atravesó don Agustín Argüelles las tres Cortes de 1837, 1839 y 1840, que ofrecieron sobre mas ó menos el mismo colorido en los debates, la misma diferencia numérica entre la mayoría y minoría, y hasta se puede decir, los mismos hombres. En todas se mostró igual, sereno, constante, nada abatido y desmayado. Probablemente estaba convencido de que luchaba en vano; mas creyéndolo un deber, luchaba.

En la revolución de setiembre de 1840 no tuvo tampoco parte alguna, ni directa ni indirectamente. No quiso hacer parte de la junta de Madrid, ni tomar nin-

gun cargo durante aquella crisis. Sin duda la juzgó como otras que la habían precedido; y aceptó hechos consumados en que nada había que repugnase á sus principios.

Cuando se trató en las Cortes de 1841 de la designación de la regencia, opinó Argüelles por la triple; mas no tomó la palabra en la cuestión, sin duda por delicadeza, sabiendo que era una de las personas designadas en caso de que aquella opinión fuese adoptada. Como presidente del Congreso, y de mas edad que el del Senado, presidió la sesión solemne en que los dos cuerpos colegisladores confirieron la regencia del reino al Duque de la Victoria.

Algunos dias después le revistieron á él las mismas Cortes del cargo de tutor de la Reina y de su hermana. El Congreso de diputados declaró con este motivo por unanimidad, que no era incompatible su nuevo carácter con el de diputado, y con tan solemne manifestación volvió á ocupar la silla de la presidencia.

Cómo se condujo don Agustín Argüelles en tan importante comisión que envuelve intereses privados, no consta de un modo tan oficial como si se tratase de otro empleo meramente público. Para cuantos le conocían, y en el concepto público, desplegó en su cumplimiento la probidad, el desinterés, la nobleza de los sentimientos que le distinguían, y que manejó los intereses, cuidó de la educación, y fomentó cuanto concernía al bienestar físico y moral de sus régias pupilas, con el celo, no solo de un tutor, sino de un padre. Cuando por acontecimientos que sobrevinieron, lo creyó de su deber, hizo dimisión de aquel cargo de importancia, y le fué admitida en los términos mas atentos y honoríficos.

Volvió don Agustín Argüelles por última vez al estado de una condición privada. Allí debió de encontrar, en el testimonio de su propio corazón, la mas noble recompensa de sus servicios eminentes á la patria. De las Cortes actuales no era miembro, y son las únicas en su larga carrera á que no ha pertenecido. Mas en las últimas elecciones que acaba de celebrar la provincia para completar el número de diputados que faltaba, figura el nombre de don Agustín Argüelles en la lista de los honrados con este nombramiento.

En los últimos años de su vida gozó poca salud; anunciaba con bastante claridad su contextura y lo pálido de su semblante, que se hallaba su físico en bastante decadencia. Mas nadie presagiaba su fin próximo, ni el ataque, como repentino, que acaba de arrebatárnosle á los 68 años no cumplidos.

El público de Madrid dió muestras de lo grata y querida que le era la persona de Don Agustín Argüelles por una de estas manifestaciones, voluntarias, solemnes, espontáneas, que son como expansiones de almas fuertemente conmovidas que llevan grabada en ellas la sinceridad que las promueve. Desde que se supo su fallecimiento se llenó su casa de personas, unas de sus mismas, otras de contrarias opiniones, mas atraídas como maquinalmente del sentimiento que les inspiraba aquel suceso. Las calles por donde transitó su cadáver hasta el cementerio, se llenaron de un gentío inmenso, en cuyos semblantes se leía el homenaje de aflicción y de respeto que á los restos de un varón tan insigne tributaban. Se notaron en la procesion fúnebre los principales personajes de todos los colores y partidos. Mas de 60 coches seguían la comitiva, y la acompañaron hasta el campo santo. Allí se cerró completamente la escena del mundo para Argüelles: los que no estuvimos presentes á tan solemne y triste ceremonia, podemos fácilmente imaginar que corrieron muchas lágrimas sinceras, al ver que se abría la puerta del sepulcro para tan bueno y esclarecido ciudadano.

El nombre de don Agustín Argüelles pertenece ya á la historia. Es un español ilustre mas en los fastos de la patria. Ódiele el enemigo de las luces, el enemigo de las libertades españolas, el enemigo de su independencia: los demas, honrarán sinceramente su memoria, cualquiera que sea la diferencia de sus opiniones. Don Agustín Argüelles fué hombre puro, desinteresado, de la mas estricta probidad, de una grande elevación de sentimientos, amante de su patria, fundador y apóstol de su libertad, celoso por su independencia, entusiasmado por sus glorias, literato insigne, profundo escritor, gigante en la tribuna pública. ¿Qué mas flores se pueden esparcir sobre su tumba? Administró grandes intereses; varias veces se vió halagado de la fortuna, y murió pobre. Sirvió los primeros destinos de la nación y bajó al sepulcro sin decoraciones, sin ninguna de las pompas de la vanidad mundana. En su larga carrera se vé una línea recta seguida sin intermision, donde todo se corresponde y encadena. No varió de principios ni de sentimientos; no le arredraron dificultades; sufrió con valor y resignación los ataques de sus enemigos; no torció el rostro á ninguna de las tempestades de su vida pública. A muy pocos puede aplicarse con mas exactitud lo de *Iustum et tenacum*,

propósi virum: del gran clásico de los latinos. Fué moderado y progresista por la diversa índole de las circunstancias que en dichos campos le habían colocado. Tuvo una parte muy activa en la formación de dos Constituciones, por hallarse convencido de que eran las mejores ó las menos malas que en aquel tiempo podían darse. Fué siempre partidario acérrimo del sistema monárquico, por creerlo la mayor garantía de las libertades de su patria. Fué idólatra de estas libertades, y soldado fiel á su bandera. Conservó siempre un sentimiento de gratitud y cariño hácia el primer teatro donde brillaron sus talentos; y de haber sido de las Cortes de Cádiz ya poco populares, se preció siempre con nobleza. En cuanto á su elocuencia, que es la palma mas brillante de su vida pública, tuvo rivales, mas nunca superiores. Algunos le excedieron en lo correcto y limado de la frase, en la elegancia del estilo, en el encadenamiento lógico de las ideas, en el tino y habilidad de aprovechar felices momentos de arrebato; mas en el grande arte de persuadir tal vez no le igualó nadie; porque ninguno habló con tanta abundancia de corazón, ni supo imprimir tal sello de sinceridad en sus discursos. Otros admiraban, deslumbraban, arrastraban. Argüelles en todas ocasiones fué creído. Era un hombre completamente identificado con lo que salía de sus labios, una alma que toda su pureza se mostraba. Convencencia, porque era el primero convencido; arrastrado por su propia persuasión comunicaba fácilmente el impulso á su auditorio. Bajo este aspecto fué siempre irresistible; y si atendemos al poder mágico que ejerce la palabra en momentos solemnes sobre el hombre, no extrañaremos que cuando fué oída la de Argüelles por primera vez, en aquellas nuevas y profundas emociones, le haya dado su auditorio el nombre de *divino*.

EVARISTO SAN MIGUEL.

LITERATURA EXTRANJERA.

Bosquejos de España (Sketches in Spain) por el capitán S. E. Cook, de la marina real inglesa.

ARTICULO II.

A medida que se adelanta en la obra del capitán Cook se comprende mas claramente la dificultad de extraerla sin copiarla casi por entero: tan condensados están los materiales, y tan aprovechado el terreno. El segundo tomo trata en sus diversos capítulos de los ladrones, del comercio y las rentas de la hacienda, de los mármoles y vinos, de los caballos, de las minas, de la pintura, escultura y arquitectura, de varios ramos de historia natural y por último de la geología. Y no se crea por eso que es una mera tabla razonada de semejantes materias, pues solo de pintores y escultores hace mención de 127, con noticias artísticas de todos ellos y juicios sólidos y detenidos de los principales. Las razones que nos asistían en el anterior artículo para preferir las palabras del capitán á las nuestras, tienen ahora mayor peso, pues las cualidades distintivas de su estilo son de mas bulto en el segundo tomo. Por lo tanto le seguiremos principalmente en aquellos trozos de camino en que su compañía es mas agradable.

Las noticias que da de los ladrones en el primer capítulo, prueban bien lo minucioso de sus indagaciones y lo claro de su juicio.

«Los bandoleros de caminos en España, dice, pueden dividirse en tres clases. La primera (1) *vateros* ó *vaterillos*, término específico derivado de un sustantivo que significa robo pequeño y ruin. Suelen frecuentar varios distritos, especialmente en la Andalucía alta donde rondan por las cercanías de las ciudades y pueblos para asaltar de noche al descuido viajero, generalmente con gran superioridad numérica. Muchas veces son gitanos y otros vagamundos de la misma calaña, y sus villanas mañas nos excusan de describirlos mas minuciosamente.

La segunda clase se compone de gavillas montadas á veces, pero mas frecuentemente de á pie, á las cuales puede dárseles el nombre de *salteadores*. Unas veces andan de continuo en despoblado y otras salen de los pueblos á empresas combinadas de antemano, despues de lo cual vuelven á sus acostumbradas ocupaciones.

(1) Todas las palabras españolas subrayadas en el texto, están escritas del mismo modo.

»Los de la tercera clase, son la casta noble ó real que están equipados con regularidad y siempre en campaña, á caballo, bajo el mando de jefes conocidos, y en guerra abierta con las autoridades. Solo se encuentran ahora en la Andalucía baja.

»Las cuadrillas bien ordenadas toman á veces á su cargo la reparacion de los agravios é injusticias. Hace algunos años, y á lo que creo en la Mancha, existía una gavilla á cuyo capitan se vió entrar algunas veces de día en los pueblos avisando á las autoridades; y mandar abrir los almacenes para distribuir alimentos á los pobres. Acontece á menudo que semejantes gentes despues de errar durante algun tiempo por los confines de la sociedad, unas veces por indulto ó perdon expreso, otras por connivencia de los tribunales comprada á costa de una parte de sus ganancias, vuelven á entrar en la vida arreglada y llegan á ser pacíficos y honrados vecinos. En dos pueblos de Castilla la Vieja me aposenté yo en las dos principales posadas cuyos dueños eran ladrones retirados. Entrambos eran hombres superiores en estilo y en modales: el uno me acompañó fuera del pueblo en calidad de guia y su casa estaba manejada con mucho arreglo y tino.

»En 1830, se anunció oficialmente en la Gaceta que las desparramadas cuadrillas de Sierra Morena despues de haber estado quietas durante algun tiempo, habían juntado sus reliquias bastante numerosas sin embargo, y atacado en Despeña-Perros (paso famoso en el camino de Andalucía) una cuerda de presidiarios que iban á uno de los presidios del mediodía. La escolta que los conducía, sin embargo, tuvo mejor suerte que sus predecesores en su encuentro con don Quijote en los mismos parajes, y rechazó á sus enemigos. Semejante expedición que requería vastas inteligencias y eficaz cooperacion entre gentes diseminadas por un extenso territorio, y tenía por único y desinteresado objeto el librar de trabajos á algunos miserables compañeros, solo puede verse en España. Aunque en el objeto no cabe defensa, la determinacion de unas gentes tan fieles y leales á una mala causa, les hace mucho honor, y se diferencia no poco de las que mueven en otros países á semejantes bandas.

»Los ladrones de Andalucía se diferencian de los demas por sus modales y garbo, cosa muy comun, especialmente con las mujeres, aunque no faltan excepciones. Una señora que yo conozco se libró de ser robada por su presencia de espíritu y tocando á esta gente singular en su punto de honor. Iba de viaje y se había parado á almorzar en un desfiladero, donde se abrigaba una cuadrilla que tardó poco en parecer. Con admirable serenidad los convidó á que la acompañaran con la franca manera que se estilaba en el país, cosa que ellos aceptaron y la dejaron en paz. Esto solo en Andalucía podia acontecer. Mas de un ejemplar sucedió estando yo en España de devolver las alhajas de las damas mientras se llevaban todo lo demas, pero no siempre se ve esta novelesca generosidad.»

El resto del capítulo trae noticias no menos características y curiosas sobre la inexorable persecucion de los ladrones de Andalucía por Castro, que pudiera dar asunto á un drama; y sobre José María el hombre mas notable entre ellos. Por lo copiado en nuestro artículo anterior y por esto, pueden venir nuestros lectores en conocimiento de que los estudios de nuestro apreciable viajero acerca de la sociedad española son completos.

Los capítulos que tratan de las contribuciones y rentas de la hacienda pública, de los mármoles, vinos y caballos, habremos de dejarlos en claro, porque en una reseña por necesidad rápida no cabrían ciertas observaciones que los primeros nos sugieren; y en cuanto á los segundos aunque los tengamos por de importancia grande, forzosamente habremos de trocarlos por otros de mas valor sin duda en libros de esta clase.

Con esto queremos indicar los trabajos que el autor destina á la crítica y examen de las nobles artes en España, en los cuales descuella como en otras

partes y aun algo mas, aquella modestia, templanza y bondad que tan agradable hacen la lectura de su obra. Despues de dar una noticia de los principales edificios de España antes de entrar á juzgar las obras de escultura dice.

«En las observaciones acerca de estos estilos y maneras, las comparaciones se refieren á modelos reconocidos que han sido el testo de diversas edades, y no hay pretensiones de ciencia, ni maestría. Para estar en disposicion de juzgar acerca de estos asuntos, así como de cualquier otro ramo de ciencia, se necesitan práctica y costumbre, y para nada es menester aquí, ni se usará nunca el misterio ó la charlatanería. La obra que sirve de guia en cuanto á fechas y lugares es la de Cean Bermudez que puede reputarse la mejor compilacion moderna ó catálogo razonado.»

No necesitaba por cierto semejantes excusas y aclaraciones quien sabe profundizar ciertas cuestiones del arte y encadenar sus causas para presentar en su verdadero punto de vista la diferencia de sus efectos, como se vé por el siguiente párrafo.

«El paisaje ha sido estudiado por todas las escuelas (españolas) con el mas satisfactorio resultado y de ellos los hay que no ha aventajado ninguno. El estilo se diferencia del de Italia á no ser donde se ha imitado expresamente. El clima no es favorable á aquellos grandes efectos atmosféricos que son el alma del paisaje italiano y pueden trazarse desde la «alpina cresta del azul Friuli» de donde los padres del arte (1) sacaron sus inimitables vistas al través de los Apeninos centrales, donde se formaron los Carracci aplicando una observacion mas profunda sobre los efectos del aire que trasladaron luego de las peculiaridades locales á la pintura histórica y de país por medio de distinciones mas sutiles que las anteriormente observadas. En la *campagna* de Roma y en los distritos montañosos confinantes, en Olevano y en Palestrina puede seguirse á Claudio y á los Pousins dentro de sus talleres y verse su maquinaria en medio de sus magníficos efectos de sol, ó de sus cielos oscuros y tempestuosos. Las playas de Salerno y de Amalfi suministraron otras vistas á Salvator Rosa el cual comenzó allí aquellos estudios que se acabaron en los desiertos de Volterra y de la Toscana inferior. Estas espléndidas escenas de una naturaleza siempre varia no fueron concedidas á los pintores españoles. A mi juicio, con la claridad, sequedad y rareza del aire se echan menos en la Península aquellos mágicos efectos que despertaban los talentos de los grandes italianos, y el modo de ver la naturaleza es proporcionalmente distinto. El cielo de invierno es de un azul particularmente frio, claro y trasparente, mientras una atmósfera resplandeciente, brillante y sin nubes, poco acomodada por su misma excelencia á los usos del pintor, es la que se vé la mayor parte del año. Las tintas atmosféricas por todo el país son de un gris plateado perfectamente estudiado en todas las escuelas, y que las caracteriza donde no han imitado y aun copiado, como varias veces sucede, la escuela veneciana y otras de Italia. Por desgracia nadie ha registrado la España en toda su extension. Las costas de Valencia tienen peñascos parecidos á los de Amalfi y un cielo en cuyo cotejo el de Campania es oscuro y nebuloso, y Claudio hubiera encontrado tintas mas blandas y claras, si la fortuna le hubiese llevado á estas resplandecientes playas. Las ásperas costas de Asturias y Galicia con su frondosísima vegetacion ofrecen escenas que compiten con las mejores de Italia, y Sierra Nevada hubiera podido rivalizar con la Península oriental si hubiera sido estudiada. La cordillera central de Guadarrama proporcionó á Rubens algunos de los magníficos asuntos que han sido preservados por Bolswert.»

Quien de tal manera discurre, ya conocerán nuestros lectores cuán poco ha menester la indulgencia del público, y cuán perdonables serian en él aun los fueros de hombre de voto. Los juicios que forma de varios pintores de las diversas escuelas españolas y en especial de Zurbarán y de Murillo, dejan en buen lugar su criterio; pero del de Velazquez no podemos menos de transcribir algunos renglones.

«Velazquez es menos conocido como pintor de país, aunque en sus mejores obras ha igualado los mas eminentes que han podido existir. En este punto es mas variado que en ningun otro. Estudió detenidamente en Venecia, y yo he visto pinturas pequeñas copiadas de los dibujos ó cuadros originales del Ticiano, de los cuales apenas se distinguian. Él introdujo el paisaje en sus retratos, del mismo modo exactamente que aquel insigne maestro, acomodándolo al asunto y al tono de color del primer término. En el Felipe III, un azul subido del fondo está contrastado con las suaves tintas del gineo y del caballo, y lo mismo sucede en otros varios. Algunos que no requerian el color fuerte empleado en esta pintura, tienen los tonos frios y plateados que se ven en los días de otoño y de invierno desde el palacio de Madrid al ponerse el sol detrás de la apartada cadena de montañas de Guadarrama, que para estos pintores era lo que el Friuli para los venecianos. Muchos de sus países mas pequeños son estudios familiares de las tierras de Aranjuez y otros sitios reales, con templos y ruinas. Casi todos los de esta clase se encuentran en Madrid, donde no hay ni siquiera uno de sus verdaderos paisajes. Dos muestras existen en mi poder de paisaje arquitectónico, compuestas al parecer como reminiscencias de Venecia, pero muy superiores á la realidad. Estos son muy raros, pero él pintó en casi todos los estilos. Otras dos imitaciones de Claudio tengo yo, una de las cuales apenas podria distinguirse á primera vista de aquel maestro; pero la ejecución es diferente, pues un solo brochazo ha producido los mismos efectos que los prolijos toques del delineador de Italia. Algunas veces se encuentran muestras extraordinarias de su ingenio en este ramo. Una de estas representa un *puerto* ó el paso de una montaña que domina un país distante iluminado por un poniente de sol brillante. La luz viene en disminucion hasta el primer término, y está trabajada á la manera de la escuela veneciana, viniendo á perderse en medio de rocas y precipicios sumergidos en la obscuridad mas profunda. Este cuadro que en la actualidad para en Inglaterra, bien puede ponerse á la cabeza del arte de pintar países. Otro que tambien está en Inglaterra ha sido ejecutado en imitacion de Salvator Rosa, cuyas mas excelentes obras en su particular y mas grande estilo, iguala, si no excede. Pudiera suponerse que se había pintado en Amalfi, aunque el autor nunca estuvo allí, segun lo bien que había comprendido el color y carácter del lugar. Hay muchas pruebas de la buena correspondencia artística y amigable rivalidad que existía entre él y Rubens, á quien se parecia en algunas cosas, siendo los dos, no solo artistas de la mas elevada esfera, sino cumplidos caballeros y hombres de sociedad. Con la misma verdad pintaba *bodegones* ó asuntos comunes de la escuela holandesa. En realidad cualquiera cosa desde la region mas encumbrada de la historia hasta las mas comunes y triviales, eran lo mismo para él. Yo he visto un corral de una granja donde se distinguen aves en todas sus ocupaciones habituales, que no le aventajaria ningun maestro holandés, y el bosquejo de un gran mastin royendo una cabeza de ternera que dificilmente igualaria el mismo Snyders. A él como á otros se le ha puesto la tacha de que sus figuras son comunes y ordinario su modo de ver la naturaleza; pero como no sabemos de qué originales se servía, tenemos por excusado sostener ninguna cuestion. Las cabezas de la familia de Austria nada tienen de semejante á los modelos de Giorgione y de Ticiano, y no es él el responsable de la falta de carácter que en ellas se advierte. Muchos de sus mejores retratos están desfigurados con el arrebol, detestable moda que entonces se usaba, pero que nunca se ha extendido por España. Debemos convenir en que sus obras son mas exóticas y tienen menos carácter español que las de Murillo y algunos otros. Entre aquellas y las de nuestro último presidente (1) se puede señalar una viva semejanza en el modo de ver los asuntos y de manejarlos. No se puede formar juicio de su talento, mucho menos que del de Murillo, por lo que se vé fuera de España. Si se exceptúan unas pocas obras que ahora están en Inglaterra, apenas es genuina ninguna cosa de las que se encuen-

(1) Giorgione y Ticiano.

(1) El famoso pintor inglés Reyhold. (N. del T.)

eran allende el Pirineo. Después de examinar una gran porción de las pinturas de Europa, vine á deducir que hasta mi llegada á Madrid nunca había visto una pintura realmente suya.»

Hemos transcrito este largo trozo porque como indica con mucha exactitud el capitán Cook, fuera de España no se comprende en toda su extensión el genio del príncipe de nuestros pintores, y entre los ingleses en especial no deja de ser común esta opinión.

De los trabajos de historia natural con que el autor cierra su obra está excluida la botánica por motivos tan honrosos para nosotros, como los siguientes.

«Otra razón es que la obra ha sido hecha ya por los naturales en gran parte de la península, y que el gobierno posee los materiales de una Flora Española casi completa y hombres capaces de ordenarlos, lo cual es muy de desear que se ponga en planta antes que perezcan aquellos y tengan cerrada la puerta para sus trabajos, estando ya en el último tercio de la vida. Cavanilles en su magnífica obra ha dado á conocer una gran porción de la botánica de Valencia. Rojas Clemente empleó muchos años en ardientes y activas investigaciones sobre la vegetación de la importante cordillera de Sierra Nevada, donde en pocas horas se pasa de una región tropical á la de Siberia ó Nueva Zembla; y particularmente en señalar límites ó zonas de vegetación. El importante distrito de Murcia y en especial la costa en la región de la Salsola ó país de la Barrilla ha sido examinada por el director de las alambres de Almazaron que ocupa su centro, el cual ha recogido un copioso herbario. Los oficiales de marina de Orce en la sierra de Segura me informaron de que en un lugar siete leguas distante, de cuyo nombre me olvidé, pero que está en los bosques, había un buen botánico en un rincón sumamente interesante y del todo desconocido. El botánico más hábil y experimentado que ha estudiado en tiempo alguno los Pirineos es, según opinión general, el doctor Bolos que reside en Olot (Cataluña la alta) y ha dedicado la mayor parte de su vida al estudio de la ciencia en un paraje muy á propósito para la investigación de la vertiente meridional de aquella cadena, de la cual se conoce muy poco comparativamente. Su herbario, según él dice, contiene nueve mil especies. La región central es muy conocida á Lagasca, el eminente profesor de Madrid, que habiéndose engolfado ardentemente por desgracia en el sistema constitucional y abandonado sus ocupaciones botánicas, es ahora del número de los desterrados.

«Los distritos meridionales, y del medio, añade poco después, encierran la botánica más interesante de este vasto país, y realizan el dicho de un elocuente escritor moderno sobre la Italia, que le es muy inferior: «que su esterilidad es más que la fertilidad de otros países.» Esto es literalmente cierto en España, donde en los sitios más incultos y silvestres se embalsama el aire con fragancias deliciosas: los hornos se encienden y los minerales se funden con plantas las más aromáticas, y en caso de epidemia podrían enviar en muchos sitios á las sierras por matorrales para quemar en las calles, seguros de que el aroma apartaría ó desvanecería la pestilencia.»

El capítulo que dedica al importante ramo de bosques es sumamente interesante y merece muy especial atención; y no son menos dignos de elogio sus apuntes sobre ornithología y sobre cuadrúpedos y reptiles de España. Las observaciones generales sobre la abandonada geología de este país con que el autor cierra su obra, nos moverían á dar cuenta de ellas, si no fuera por miedo de alargar aun mucho más este artículo.

Tales son los *Sketches in Spain* del capitán Cook. Nótese en ellos de cuando en cuando alguna inexactitud y cortadía excesiva de noticias. Por ejemplo de León solo apunta algo (y por cierto no de todo punto exacto) acerca de la catedral, y omite por entero los notables edificios de san Marcos y san Isidro. En lo perteneciente á historia natural dice que es muy dudoso que se encuentren osos en alguna parte más que en el Pirineo, y que en Asturias le aseguraron las gentes que no se veían; cuando así en las montañas de este país como en las de León y Galicia son muy abundantes.

Como quiera estos son tan pequeños lunares que á poca distancia ya no se advierten en la hermosa fisonomía de la obra. Si de los escritos puede deducirse no solo el talento del autor sino también su carácter, fuerza es convenir en que el de nuestro viajero tiene mucho de estimable y bondadoso, y que apenas hay página donde no trasluzca una imparcialidad benévola y suave que cautiva al lector sin que de ello se aperciba. Por las muestras que hemos insertado se ve que sus estudios son severos y sus ideas exactas, pero aunque de semejantes dotes careciera, el espíritu que ella transpira, le haría acreedor á la gratitud sincera del pueblo español. Por nuestra parte nos tenemos por dichosos en ser los primeros á manifestar unos sentimientos que no dudamos en atribuir á todos nuestros compatriotas. Si el capitán Cook contrajo en este país alguna deuda de gratitud, la ha pagado tan noble y caballerosamente que cuantos hayan tenido ocasión de complacerle se envanecerán de ello, y no desearán sino proporciones para obligarle de nuevo.

ENRIQUE GIL.

UNA MADRE HOLANDESA.

La vetusta, sabia y diplomática ciudad de Utrecht, cuya antiquísima torre se refleja en las aguas del Rin, despierta tan solo de su letargo, cuando toca á sus puertas, ese enjambre de estudiantes que vienen á extraer miel de las flores de su escuela. Cada año los padres no muy acomodados de las cercanías, se desprenden de una parte de sus modestas rentas, para enviar á sus aplicados hijos á aquel emporio de saber, donde muchos aseguran su porvenir.

Del número de estos, es el héroe de mi cuento, mozo interesante y entusiasta, joven é inexperto, pobre aunque holandés, y aunque holandés poeta.

Llegó á Utrecht el candoroso Carlos, en un modesto *treschuit*, barca no menos rara que su nombre, pesada, indolente y monótona, que se desliza sobre las aguas dormidas de las canales, sin ruido ni vida. Hospedóse en un modesto albergue, habitando un cuarto con estufa de blanca loza, cortinas como el ampo de la nieve, y cristales tan pequeños como limpios, y tan limpios como holandeses. Sus exiguos recursos no daban para otra cosa que algún pan negro, manteca y queso en abundancia, y de vez en cuando suculenta carne y prosaica cerveza; con lo cual, con su angelical carácter y risueñas esperanzas, vivía más feliz el mozalvete que el más cuidado hijo del primer Jonkheer ó sea hidalgo de Gueldres ó la Frisia.—Mientras que el cuitado pasaba todo invierno con tan triste economía, la fortuna se ocupaba lentamente de labrar su suerte.

Llegó por último la primavera, en que los pobres se creen ricos, pues dueños se imaginan de las flores que en el prado brotan; del sol que sobre su frente brilla, de las aves que para su encanto trinan. Carlos no solo halló la felicidad, por este tiempo, en los deleites que pródiga le concedía la naturaleza, sino que un extraño acaso vino á coronar el edificio de su ventura.

Dos veces por día el pobre mancebo, al ir á la Universidad y regresar á su casa, pasaba por una calle estrecha, oscura y plebea, habitada tan solo por artesanos ó mercaderes de cuarta esfera. Mas de una vez había notado que una mujer, poseedora de una tienda de antiguallas, ni con bastantes años para ser vieja, mas sí con demasiados para ser joven, se hallaba á la puerta de su casa siempre que él pasaba, mirándole con una atención extraña de afecto é interés, y no perdiéndolo de vista hasta que trasponía la calle. Duró esta aparición todo el interminable invierno de aquellos climas, sin que el modesto Carlos lo atribuyese á motivo ninguno particular. Pero, sus compañeros, más taimados que él, habían observado la afición de esta mujer, y llamaron la atención del distraído joven que se cercioró de la exactitud de estas observaciones.

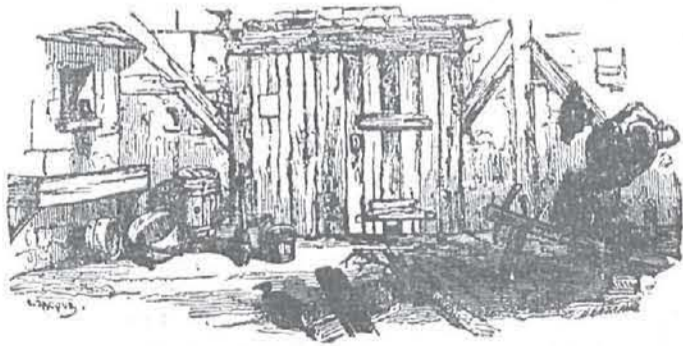
Tan luego como hubo certeza de la simpatía de la tendera, y que ni un estudiante careció del conocimiento de esta aventura, imagine quien pueda la broma, chanzas y diversion de que era objeto Carlos. El nombre de su amada era un motivo más de algazara. Llamábase Elvira Teederhart, ó sea corazón tierno: Decíanle sus amigos, cuando lo veían abatido: «consuélate, pues que te ha dado el cielo un corazón tierno cuyo ardor no han podido entibiar cincuenta inviernos.»



Carlos, sin saber por qué, escuchaba con repugnancia estas bromas; pero, no obstante, llegó á familiarizarse con ellas, y á reír como todos, al hablar de la tierna tendera. Un día que se había quedado algo detrás de sus compañeros, y que Elvira estaba á la puerta de su tienda, uno de aquellos alegres estudiantes le dijo á gritos, parodiando una elegía holandesa: «corre, corre, oh! harto tardío amante, tu joven enamorada te espera,» y diciendo esto, miraban con sardónica sonrisa á la tendera, lanzando en coro una carejada mofadora aquel tropel de desalmados estudiantes. En el momento mismo llegó Carlos á la tienda y vió que aquella mujer estaba inmudada y que arrojándole una indefinible mirada de tristeza y ternura, desapareció para ocultarse en la trastienda. Se retiró el joven silencioso, cabizbajo, irritado contra sus amigos, disgustado de sí propio, y perseguido por una vaga inquietud que se parecía á un remordimiento. ¿Cómo he podido tolerar, se decía, que insultasen mis amigos á esta buena mujer? ¿Qué ha hecho para tal escarnio? ¿y por qué no he rechazado semejante insolencia?

Al regresar de la cátedra, con paso más acelerado que de costumbre, volvió Carlos á la calle de su ultrajada amiga, con deseo vehemente de volverla á ver. Fué y volvió, se detuvo y miró, volvió la cabeza y pisó con fuerza: todo fué inútil. Elvira no salió cual solía, ni Carlos logró verla.

Pasaron un día y otro, sin que la tendera se dejase ver; su tienda estaba abierta, pero sola y abandonada.



Esta desaparición repentina de una mujer que parecía tan sentida y pundonorosa, aumentó los remordimientos y pesares de Carlos, el cual, exagerándolo todo, suponía irreparable el agravio hecho por sus amigos. Quien le veía marchar lenta y pesadamente por las calles de Utrecht, con la vista turbada, aire taciturno y labios desunidos, lo tomaba por un amante despechado.

Al cabo del tercer día, no pudiendo ya tolerar aquel corazón nuevo y puro la ansiedad que lo agobiaba, se decidió á poner término á su agonía, y para ello se resolvió á entrar en la tienda de la Teederhart y pedirle perdón por la ofensa de que había sido causa, á pesar suyo, pero de la cual le pesaba como si él fuera el culpable. Acercóse con timidez á la extraña tienda, dudó algo, y se volvió atrás; al fin, luchando como un niño, hizo un esfuerzo, y pisó el dintel de la puerta, con el recelo de quien teme que lean los vecinos en su frente la expresión de un sentimiento vedado.